



## CAT CAFÉ DE BUDAPEST

Cerca de la Basílica de San Esteban, en Budapest, hay un café de gatos. Huellas pintadas en el suelo y un cartel anuncian su presencia a los viandantes, innecesaria información porque en el escaparate ya se puede contemplar a una tricolor dormitando enroscada. Nada más franquear la puerta, una chica me entrega un papel con las “normas” de la casa, que consisten básicamente en respetar a los gatos. Un persa negro medio dormido, echado en el suelo, me saluda con un bostezo, comportándose igual que una divinidad desdeñosa, como escribió Borges.

Pido un capuchino y observo. El ambiente del café es acogedor; la gente habla en voz baja y sus movimientos son lentos y suaves para no asustar a los moradores del café. Hay gatos por todas partes: encima de las mesas, bajo las sillas, acurrucados en sus camas. De repente, un gato salta desde una repisa al suelo, consciente de que no va a ser regañado. Una mujer de pelo completamente blanco, con un pequeño gato romano de ojos verdes en su regazo, me dirige una mirada de complicidad. Cerca de mí, una familia hace fotos a un esbelto abisinio. En la pared un letrero reza: “Quien ama a los gatos no puede ser mala persona”. No sé si será cierto, pero en este lugar se respira tranquilidad, respeto y armonía. En el momento en que me decido a marcharme, viene hacia mí un maine coon rubio de ojos amarillos, digno, majestuoso...

**la calidez de un gato**

**acariciándose**

**contra mis piernas**

© Toñi Sánchez Verdejo (diente de león)